

19. **La construcción antropológica del Mediterráneo como área cultural**

MONTSERRAT CLUA I FAINÉ

UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA

Introducción

El mar mediterráneo es un espacio geográfico y climático que contiene países, culturas y lenguas de distintos continentes, pero por encima de todo, es un imaginario y un mito. Considerado la cuna de la civilización occidental desde una mirada etnocéntrica (construida desde el lado europeo y noroccidental de este mar), la asignación de elementos compartidos por los territorios incluidos en esta área ha ido variando a lo largo de la historia. El momento político y los intereses geoestratégicos de cada época han configurado los significados cambiantes de la categoría «mediterráneo».

Tomando como referencia las culturas de la antigüedad procedentes de la orilla nordeste y su expansión por el suroeste europeo, el mar mediterráneo deviene tanto un *lugar* geográfico como un *momento* histórico mitificado, interpretado como un espacio compartido por distintos movimientos históricos de poblaciones y culturas. Como afirma Gilmore (1987), los estudios del mediterráneo han justificado su unidad a través de criterios muy distintos, donde incluye desde los geográficos a los climáticos, los culturales, los político-económicos o los históricos. Sin embargo, esta concepción del mediterráneo como un lugar de lazos entre sociedades y culturas ha sido ajena a los estudios sobre las migraciones mediterráneas contemporáneas, que están dominados por una visión del mediterráneo como lugar de frontera y «choque de civilizaciones» entre «países del

norte-receptores/nosotros» y «países del Sur-de origen/otros» (Zapata-Barrero, 2002:3). Es decir, la visión del mar como lugar de encuentro es simultánea a una interpretación del mismo mar como espacio de confrontación y separación, de frontera, entre dos nortes y sures simultáneos.

Por un lado, siguiendo las cosmologías populares europeas (Fernandez, 1997), entre una Europa atlántica protestante (y económicamente desarrollada) en el norte y una Europa *mediterránea* católica (económicamente dependiente, representada durante la crisis económica del 2008 por el acrónimo de los países PIGS) en el sur¹. Por otro lado, la oposición entre orillas del norte y del sur del mismo mar. Como muestra el capítulo de Alexia Rué (*supra*), con una cosmovisión (y práctica) extremadamente presente en la actualidad, que considera el mar como frontera divisoria para una Europa fortaleza (en beneficio de sus ciudadanos comunitarios) y que convierte el mediterráneo en un espacio de necropolítica. Como decía Pina-Cabral, lo que no suele mostrar el Paradigma Mediterráneo (PM, MP por sus siglas en inglés) es que el mediterráneo también es un *muro*:

Este mar, que parece un espejo horizontal, se ha convertido en uno de los muros más altos del mundo, a la par del muro mexicano y continuando el muro palestino. Ante los horrores que están ocurriendo diariamente en el mar de Canarias, en Ceuta, en Lampedusa y en Gaza y Cisjordania, la verticalidad del Mediterráneo difícilmente puede ser exagerado. El énfasis romántico del PM en el Mediterráneo como un espacio de intercambio e identificación es poco más que un sueño inútil con un despertar muy sórdido. En el lado norte del muro, las poblaciones del sur de Europa, amenazadas por una fuerte reducción de salarios y un desempleo generalizado, ven las poblaciones migrantes del sur golpeando sus puertas como una amenaza hacia lo poco que han logrado retener de lo que iba a ser una Europa económicamente y democráticamente unificada (Pina-Cabral, 2013: 249).²

- 1 La caracterización entre el norte (protestante desarrollado) y el sur (católico pobre) europeo tiene raíces antiguas, afines a la idea de un carácter nacional (latino) vinculado con el determinismo geográfico-climático (desarrollado por ilustrados como Montesquieu o Savigny en el s. XVIII), del que surgirá la idea de raza latina o mediterránea. La denominación PIGS denotaba a los países pobres del sur: Portugal, Italia, Grecia y España (*Spain* en inglés), aunque en alguna ocasión se substituyó Italia por Irlanda, priorizando el concepto económico y religioso (católicos) por encima del geográfico.
- 2 En todo el texto las traducciones del original son propias de la autora.

Ambas interpretaciones son imaginarios contruidos a partir de las experiencias históricas de las sociedades de esta región. Procesos dinámicos que han implicado modificaciones de fronteras políticas y culturales; cambios e intercambios en las relaciones entre grupos y en sus visiones respectivas, en los límites, los cruces y/o los solapamientos con otras áreas culturales también contruidas políticamente. Pero parte de estos imaginarios y sus límites han sido también contruidos desde la academia europea, desde la antropología y la historia (Herzfeld, 1989), particularmente desde la denominada «antropología del mediterráneo». Y a estas dos interpretaciones contradictorias de un mismo espacio geográfico (un Mediterráneo de intercambios y encuentros versus un Mediterráneo de conflictos y odios) hay que añadir una tercera mirada según Bromberger (2006): un Mediterráneo hecho de sociedades que revelan, más allá de los cismas que los dividen, «semejanzas familiares».

El objetivo de este capítulo es hacer una breve aproximación al papel de la antropología en la creación de una «área cultural mediterránea», con énfasis en los procesos políticos y geoestratégicos para comprender cuándo y desde dónde se construye esta área cultural en determinado momento. Se parte, pues, de una mirada crítica del rol de la antropología como ciencia social con el poder de interpretar y representar al «otro», y de construir «áreas culturales» o subregiones que luego van a ser tratadas como realidades empíricas sobre las cuales construir nuevos discursos interpretativos y prácticas políticas.

A finales de la Segunda Guerra Mundial y durante el proceso de descolonización una parte de la antropología británica funcionalista comenzará a realizar sus trabajos etnográficos en comunidades mediterráneas (Chapman en 1935, aunque no lo publicó hasta 1971; Evans-Pritchard 1949; Sanders, 1949; Stirling, que realizó trabajo en 1948-1949 y publicó su monografía en 1965; Pitt-Rivers, 1954). Algunos de estos estudios serán el origen de una «antropología del Mediterráneo» (Pitt-Rivers, 1963; Peristiany 1966; 1973) que acabará por fundamentar un área delimitada principalmente a partir de ciertos valores culturales. Un «Paradigma Mediterráneo», basado en dos principios esenciales:

En primer lugar, el PM asume que las «áreas culturales uniformes» son el objeto básico de descripción y comparación etnográfica y sociohistórica; en segundo lugar, el PM define el área cultural mediterránea por la existencia de un supuesto «síndrome del honor y la vergüenza» (Pina-Cabral, 2013: 246).

A pesar de que la idea de un área mediterránea culturalmente homogénea fue ampliamente criticada ya en los años ochenta (con criterios etnográficos, lingüísticos y metodológicos), todavía hoy en día se sigue manteniendo como campo de estudio antropológico. Con denominaciones diversas y disparidad de criterios y límites (geográficos o de rasgos culturales compartidos). La ambigüedad o pluralidad de sentidos que se encuentran debajo de la categoría «área mediterránea» es una muestra de la dificultad metodológica y epistemológica de delimitar áreas culturales regionales que no es exclusiva del caso mediterráneo (González, 1990; Narotzky, 2001: 17-25). Como mostró Appadurai (1986) el problema está en convertir ciertas ideas como representaciones de regiones enteras: África por los linajes segmentarios, India por las jerarquías de castas, Melanesia por el intercambio de regalos, Amazonía por el dualismo, China por la piedad filial o el Mediterráneo por los valores de honor y vergüenza. El hecho de que a pesar de todas estas críticas la categoría siga usándose para delimitar fronteras culturales con usos sociopolíticos y geoestratégicos permite pensar que su utilidad no es solo explicativa sino también política.

Para entender mejor este proceso se debe tener en cuenta el contexto histórico de postguerra, guerra fría y descolonización, que puede explicar los intereses académicos y geoestratégicos que podían estar detrás de las instituciones británicas y americanas que financiaron las investigaciones antropológicas en la zona entre 1950 y 1970³. Un aspecto que no es exclusivo de esta «área» (Price, 2016), y que aunque ya fue denunciado en los años ochenta cuando se hizo la crítica al MP (Serrán Pagán, 1980; Moreno, 1984; Herzfeld, 1989), el análisis de los condicionantes geopolíticos no parece que haya tenido continuidad hasta tiempos recientes (Cañete, 2017).

El contexto colonial y postcolonial también permite entender los debates sobre los elementos culturales compartidos (o no) entre las sociedades analizadas bajo el manto de «antropología del mediterráneo». No se puede obviar que el «área mediterránea de valores compartidos» no solo incluye países muy distintos entre ellos, sino que implica países del norte que han sido metrópolis de las colonias que están en la otra

3 Contexto que permite explicar la creación en 1949 de los Human Relations Area Files (HRAF) del Institute of Human Relations de la Universidad de Yale o la financiación de conferencias mediterraneistas por parte de la norteamericana Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research.

orilla. Cañete (2017) ofrece una mirada crítica postcolonial del papel de las antropologías francesa y española en la construcción del área mediterránea en el siglo XIX donde no parece tan clara la división entre norte y sur. Argumenta que la representación antropológica de las distintas sociedades mantuvo un discurso ambivalente entre la asimilación y el rechazo. Por un lado, se mostraba una contraposición en términos de modernidad-primitivismo entre la Europa civilizada y los pueblos del Norte de África que había que intervenir, mientras que por otro lado se establecían frecuentes analogías entre los territorios europeos y norteafricanos. Pone de ejemplo la expedición francesa que remarcaba los paralelismos entre la nueva nación griega surgida tras la guerra de independencia y la civilización europea, por contraste con el Imperio otomano. O la idea reproducida por destacados antropólogos españoles del origen común de bereberes, guanches e ibéricos. Este discurso ambivalente era el resultado de una estructura ideológica común que generaba tensiones, exclusiones y semejanzas entre y dentro de los territorios, puesto que el proceso colonial no era único ni homogéneo en la práctica; ni en los resultados entre y dentro de las propias metrópolis y los territorios colonizados:

no podemos asumir que las representaciones antropológicas en el Mediterráneo solo se establecieron de acuerdo con una clara distinción entre norte y sur. El rechazo de grupos o naciones europeas mientras se asimilaban grupos o áreas magrebíes complica esta idea simplista de un proceso discursivo que impone una división estricta sobre las representaciones y dispositivos dependiendo de si estos se aplicaron a la colonia o a la metrópolis. La alternativa debe ser, entonces, una explicación que incluya tanto la asimilación como el rechazo, de todos y para todos los contextos y grupos involucrados (Cañete 2017: 159).

Estas analogías culturales entre Europa y el Magreb no se abandonarían definitivamente hasta mediados del siglo XX, coincidiendo con las guerras de independencia y un desencanto o desilusión respecto al potencial transformativo de la acción colonial o transformación de estos territorios (Cañete, 2017: 158). Parece como si en el mediterráneo se ejemplificara de forma particularmente clara la nueva división del mundo que se construye con la descolonización, entre un «primer mundo» de las antiguas metrópolis y un «segundo» y «tercer» mundos donde se hallan las excolonias.

La aparente breve vida del «área mediterránea» dentro de la historia de la antropología la convierte casi en una «no-área», comparada con los desarrollos que otras regiones descritas en este volumen han tenido. Pero deviene un ejemplo para analizar los elementos históricos y políticos que explican los procesos de creación de las áreas culturales en la antropología, sus problemas epistemológicos y metodológicos. Construida a partir de los años cincuenta, cuando el paradigma difusionista europeo que habían dado origen a los «círculos culturales» había sido abandonado incluso en Austria⁴ (Eriksen, 2001: 28), la creación del «área mediterránea» refleja el retraso con el que la antropología del norte atlántico empezó a estudiar sociedades de su entorno europeo. Así mismo, su corta vida muestra cómo los dilemas y debates en los que se ha ido encontrando la disciplina se manifestaron de manera más evidente cuando se aplicaron los métodos y paradigmas tradicionales al estudio de sociedades más cercanas a los propios investigadores. Especialmente, como es el caso, cuando se realizaron en territorios donde había antropólogos «nativos» que cuestionaron procedimientos e interpretaciones que hasta entonces se había aplicado sin problemas en los territorios lejanos de los «otros».

La construcción del área mediterránea

A fines del siglo XIX y a lo largo del siglo XX hubo un esfuerzo académico para poner orden a los materiales de los museos etnológicos, así como para situar en mapas la diversidad cultural que el colonialismo europeo estaba encontrando. Distintos paradigmas teóricos y tradiciones nacionales antropológicas desarrollaron propuestas metodológicas para comparar y clasificar a las «otras» culturas. Fue así como aparecieron y se generalizó el uso de categorías como área cultural, círculo cultural o etnología regional. No es casualidad que la construcción de las áreas culturales empiece en los territorios coloniales (América, África) y tarde

- 4 Cuando se aplica en el mediterráneo el difusionismo ya ha caído en desgracia, criticado por la imposibilidad de demostrar empíricamente sus supuestos de difusión y aculturación que tenían que explicar las semejanzas entre culturas a partir de un método de reconstrucciones históricas especulativas. Los autores que promueven la creación del área mediterránea, como Pitt-Rivers, lo harán desde la mirada funcionalista, que no busca entender tanto los procesos de difusión cultural sino remarcar los elementos compartidos en distintas sociedades vecinas y su funcionalidad.

mucho en alcanzar territorios más cercanos a la metrópolis europea. Y cuando lo hace, empieza por los márgenes del sistema, como lo era el territorio base del área mediterránea.

Como afirma Davis, el mundo mediterráneo ocupa un lugar importante en la historia de la antropología porque muchos de sus fundadores (Maine, Durkheim, Mauss y Westermarck), bebieron de los conocimientos disponibles en su época sobre las antiguas Grecia y Roma:

En Gran Bretaña, la antropología social fue en gran parte creación de clasicistas, helenistas como G. Murray o J. Harrison, latinistas como J.G. Frazer, orientalistas como W.R. Smith. El encuentro entre la antropología naciente y el mundo mediterráneo no es fortuito: la historia del Mediterráneo, por ser en parte de la de occidente, ofrecía por su profundidad la posibilidad de esta «mirada distante» que caracteriza al modo de conocimiento etnológico. El efecto de distancia nacía aquí del viaje en el tiempo (Davis, 1996: 477)⁵.

Al margen de esta escuela (que autores como Davis consideran todavía de inspiración histórica u orientalista) y del trabajo del francés Fernand Braudel⁶, se considera que la antropología del mediterráneo se inició a partir de los años cincuenta desde la tradición británica. Se señalan los primeros trabajos etnográficos de antropólogos como Peters, Stirling, Campbell o Pitt-Rivers, como los materiales que servirán de fondo para una primera reflexión comparativa de las sociedades mediterráneas según el modelo de área cultural (Davis, 1996; Carbonell, 2010).

En su gran mayoría se trataba de trabajos etnográficos iniciales que se realizaron como tesis doctorales (hasta 13) en el Institute of Social Anthropology de la universidad de Oxford, en aquellos momentos bajo la dirección de Evans-Pritchard, que fue el director de muchas de estas tesis y, por ello, considerado el principal promotor del inicio de la antropología en esta zona. Empezando por su propio trabajo pionero con

5 Esta búsqueda de las raíces de la civilización occidental explica el interés también en este periodo de descubrir civilizaciones más orientales que habían ocupado territorios bíblicos como Tierra Santa o Babilonia.

6 El historiador Fernand Braudel es conocido por su gran obra sobre el mediterráneo realizada entre 1920 y 1970, dentro de un trabajo más amplio sobre las áreas culturales en distintos territorios del mundo. Braudel (1949) aplica la idea de las áreas culturales según el modelo americano, pero de una forma muy coherente con su concepción de las civilizaciones y de la historia como la *longue durée*. (Sobre Braudel véase la introducción al volumen).

los Sanusi de Cyrenaica (una cofradía islámica beduina de Libia) que publicó en el año 1949. Pero hay que tener en cuenta también la influencia del antropólogo de origen griego John G. Peristiany, quien fue profesor en Oxford de 1948 a 1963 y que fue el principal promotor de la idea de un área mediterránea. Hay que añadir otros estudios producidos en otras universidades británicas, así como el trabajo de jóvenes antropólogos norteamericanos, muchos de ellos procedentes de la universidad de Chicago, donde el trabajo de Pitt-Rivers en Grazalema (Cádiz) era una referencia. Es decir, a medida que el mundo excolonial era menos accesible, el mediterráneo europeo era primitivizado y convertido en objeto etnográfico «legítimo» para jóvenes norte-europeos o de los Estados Unidos.

En un monográfico sobre «Europa y sus culturas» del *Anthropological Quarterly*, Arensberg (1963: 75) señala la virtud de incorporar la etnografía europea como un ejemplo más en el gran mapa comparativo de las culturas del mundo y añade cómo los objetivos comparativos se realizan a partir de la idea de rasgos culturales y no según la delimitación política por estados:

El concepto de área cultural como taxonomía de la cultura —agrupando empíricamente rasgos comunes, formas comunes de subsistencia y tecnología, formas comunes de organización social y de especialización institucional, prácticas religiosas, conceptos y simbolismos comunes— es el único dispositivo que tenemos para agrupar y separar datos culturales. Este enfoque tampoco confunde los datos con los de otro tipo, como raza, entorno, lengua o credo, ni nos obliga a utilizar un único criterio como, por ejemplo, el idioma español o la nacionalidad española. Más que como españoles, los gallegos y los andaluces están mejor clasificados con, por ejemplo, los sicilianos u otros, por las costumbres que comparten como mediterráneos (Arensberg, 1963: 80).

En el mismo número se encuentran varios artículos que delimitan las áreas en las que se puede dividir culturalmente la vieja Europa. Dos de ellos evidencian la contraposición entre el norte y el sur: el texto de Kenny sobre la «franja atlántica» y el de Pitkin sobre la «Europa mediterránea». Estos se complementan con el trabajo de Burns sobre el «área cultural circum-alpina» y el de Halpern sobre los campesinos yugoslavos. Como podemos ver, ya desde el inicio la división de Europa en áreas culturales no es clara e implica superposiciones de territorios que

pueden pertenecer a más de un área a la vez, según quien sea el autor/criterio usado. Veámoslo en el texto de Burns:

La región Circum-Alpina, como su nombre indica, se centra y abraza la gran columna vertebral montañesa de Europa, los Alpes. Estas elevadas, desordenadas, jóvenes tierras altas son impresionantes y extensas, en un majestuoso amplio arco continuo desde Francia, al oeste, hasta la cuenca del Danubio y los Balcanes centrales. Comenzando en los Alpes provenzales y marítimos, en el litoral mediterráneo entre Francia e Italia, el ancho cinturón de las montañas corre aproximadamente hacia el norte a través de los escarpados macizos Cottian y Graian en Suiza. En este punto, con las montañas Jura de pie como un puesto de avanzada claramente menor frente al noroeste, las principales cadenas alpinas giran abruptamente hacia el este a través de los espectaculares grupos Berneses y Apeninos. Levantando un gran baluarte en la parte superior de Italia, corren a lo largo de Suiza y entran en Austria, atravesando por el camino los Alpes Lepontinos y Bergamasque, la Cordillera Rética, los Dolomitas, los Venecianos, y el Hohe Tauern. Aquí, en la frontera austro-italiana, la cadena se divide irregularmente y se separa: los Alpes nórdicos y de Estiria menores se desvían ligeramente hacia el noreste hacia el Danubio, mientras que los Alpes Cárnicos, Julianos y Dináricos giran hacia el sureste hacia Yugoslavia. Este ancho y extenso cinturón de tierras altas, la enorme cadena ininterrumpida de los Alpes occidentales y orientales, ha sido caracterizado durante mucho tiempo por los historiadores como la barrera que separa el sur del Mediterráneo de la región septentrional - un muro formidable, un obstáculo que debe superarse para pasar de una región a otra (Burns, 1963: 131).

En cambio Pitkin propone un área mediterránea bastante más limitada que los trabajos etnográficos citados anteriormente:

La Europa Mediterránea, a efectos de este trabajo, será pensada como incluyendo las tierras del este de España, el sur de la cuenca del Ebro, el sur italiano del Po y Grecia. La costa sur de Francia y la exposición adriática de la península de los Balcanes deben considerarse como zonas de enlace y como de importancia esencialmente secundaria dentro el contexto de toda la zona. Me gustaría sugerir en primer lugar que, en mi opinión, la Europa mediterránea puede

describirse mejor como esencialmente urbana en su orientación general, y así ha sido de hecho desde que se configuró como área cultural (Pitkin, 1963: 120).

Estos primeros trabajos permitieron la creación de una zona Circum-Mediterránea en la Muestra Etnográfica Mundial de George Peter Murdock (1957). Una zona que incluye 10 áreas que recogen una muestra de culturas de Europa (del norte, este y sur pero también de europeos en ultramar), así como del Cáucaso, el Próximo Oriente, y el Norte y Noreste de África.

Poco a poco se fue construyendo una idea de una «área mediterránea» alrededor de ciertos valores específicos, como los de género. Como recoge Sciamia (2013), el origen del «síndrome de honor y vergüenza» es habitualmente imputado a los mediterraneistas procedentes de Oxford de las décadas de 1950 y 1960, donde destaca principalmente Pitt-Rivers como iniciador, pero también John Peristiany y John K. Campbell. Finalmente, John Davis, con su *People of the Mediterranean* (1977), un trabajo comparativo de estudios etnográficos sobre culturas del mediterráneo, acabará de definir este territorio etnológico.

Por otro lado, el impulso de estos primeros estudios llevó a la creación en España, Portugal, Grecia y algunos países norteafricanos, de centros de estudios sobre el mediterráneo a partir de 1975. Se trataba de territorios donde la antropología propia estaba empezando a desarrollarse con fuerza, lo que generó una pérdida del monopolio de los estudios británicos sobre el mediterráneo y dio pie a la aparición de miradas locales críticas, como la de Davis (1996: 479).

La crítica

El concepto de «área mediterránea» recibió importantes críticas casi desde el principio de su aparición, pero estas tomaron fuerza a partir de finales de los años ochenta (Herzfeld, 1987; Pina-Cabral, 1989; Llobera, 1990), cuando emergen los estudios realizados por investigadores de estos territorios considerados periféricos. Una parte de las críticas que surgen son paralelas a las que crecen en Latinoamérica, generando una revisión de la relación epistémica con el lugar de investigación e iniciando una mirada crítica postcolonial que algunos, como Moreno (1984), aplican también a la antropología andaluza.

Ya en 1980 Nicholas S. Hopkins criticaba a Davis (pero también a sus críticos) el haber realizado una antropología del mediterráneo ignorando en gran medida los países musulmanes, a la vez que reivindicaba el conocimiento y uso de los trabajos ya realizados en estos territorios por antropólogos locales y extranjeros:

Si el Mediterráneo como concepto significa algo más que «de Grecia a Portugal», hay que hacer un gran esfuerzo para traer material de los otros dos tercios del área. Hasta cierto punto, la bibliografía y tratamiento de Davis reflejan la ausencia relativa de estudios de Siria o Egipto, aunque echamos de menos los estudios familiares de Ammar (1954), Aswad (1971), Fakhouri (1972), Harik (1974) y Weulersse (1946), así como los libros menos conocidos de Lozach y Hug (1930) y Lozach (1935). Hay mucho más sobre Turquía, Túnez o Argelia de lo que incluye. Para Turquía, por ejemplo, hay el trabajo de Bates (1973), Benedict (1974), Fallers (1974), Kiray (1974), Magnarella (1974), Mansur (1972), Szyliowicz (1966) y Yalman (1971), para mencionar solo algunos. Davis también descuida una gran cantidad de trabajo realizado en Túnez y Argelia por académicos locales, muchos de ellos formalmente sociólogos pero escribiendo sobre los mismos temas que los antropólogos que han trabajado en el norte del Mediterráneo (Hopkins, 1980: 276).

Josep Ramon Llobera empezó un debate en 1986 con un artículo donde pretendía, según sus propias palabras, ofrecer reflexiones críticas respecto a las implicaciones epistemológicas de hacer trabajo de campo en el suroeste europeo, relacionándolo con la crítica a lo que consideraba unas rigideces institucionales, teóricas y metodológicas que perpetuaban una aproximación (posmoderna) que consideraba inapropiada científicamente para el objetivo de la antropología. En un tono muy provocativo Llobera criticaba el imperialismo y el dominio anglosajón en la etnografía mediterránea, sus fracasos en su propósito de ser comparativos e históricos, la naturaleza descontextualizada de los «estudios de aldea» (*villages*) y la dictadura del trabajo de campo como estrategia de investigación y marcador de identidad de la disciplina. Aunque, como le respondería Henk Driessen (1987), parecía como si Llobera no hubiera tenido en cuenta que muchas de estas críticas a la etnografía mediterránea ya las habían realizado anteriormente diversos antropólogos que trabajaban en el área mediterránea (como Davis, 1977, Serrán

Pagan, 1980, Gilmore 1987 o Herzfeld, 1987). En realidad, se trataba de una crítica al valor heurístico de la categoría de «Mediterranean anthropology», que generó la respuesta de Lazer y Pina-Cabral, a la que el mismo Llobera contestaría en otro texto publicado en la misma revista en 1987. En su crítica Pina-Cabral puso el foco crítico en la aproximación a la diferenciación sociocultural que emergía del antiguo modo primitivista de identificar las unidades de análisis antropológico:

A medida que los etnógrafos se trasladaron a contextos modernos, las «tribus» de los autores clásicos (los tsonga, los nuer, los bororo, etc.) se transformaron, o bien en «grupos étnicos/religiosos» (los musulmanes de..., los negros de..., los chinos de...), o bien en asentamientos con marca nacional («el pueblo griego», «una ciudad portuguesa», «una comuna francesa», etc.) (Pina-Cabral, 2013: 247).

Pero la crítica fue principalmente etnográfica, cuestionando la construcción del «área del Mediterráneo» alrededor de unos valores de género supuestamente compartidos y que advertían sobre los riesgos de una generalización abusiva (Gilmore, 1987). Pina-Cabral (2013: 250) afirma que la crítica emergió por primera vez en un simposio sobre «Etnografía europea» organizado por él mismo y John Campbell en el *European Congress for Rural Sociology* que tuvo lugar en Braga en 1986.

Por otro lado, se produjo una revisión que podríamos llamar postcolonial por parte de antropólogos nativos de los territorios estudiados, y que plantea el debate en términos de la relación *insiders/outsideers*. Desde esta posición, la noción del mediterráneo como unidad cultural fue ampliamente cuestionada por la antropología del sur de Europa, que vio, en la idea de un área mediterránea caracterizada por los valores de honor y vergüenza, una invención cargada de estereotipos de la antropología del norte. Aquí el principal referente es Michael Herzfeld (1987), quien sostuvo que la noción de cultura mediterránea es una reconstrucción de estructuras y valores arbitrarios, etnocéntricos e intemporales.

A pesar de que a raíz de este cuestionamiento parecía que la idea de «área mediterránea» y su estudio ya estaban superados, en 1996 Davis seguía defendiendo el valor de una antropología del «mundo mediterráneo» alrededor de cierto número de campos de estudio consagrados por una tradición bien establecida al menos en los países de lengua

inglesa» (Davis, 1996: 477). Al año siguiente se organizó un coloquio con la aportación de distintos autores (recogido en Albera *et al.*, 2001), que refleja que todavía no había consenso respecto al tema. Algunos de los textos consideran al mediterráneo como objeto de estudio pertinente, otros lo ven como el simple marco de la investigación, e incluso hay quien adopta un punto de vista intermedio. De hecho, el libro publicado en 2001 termina con unas conclusiones que más bien restablecen la pertinencia de los estudios sobre el mediterráneo, proponiendo ir más allá de un concepto de área cultural desgastado para promover un comparatismo más sistemático de las dos orillas.

La categoría de «Antropología del mediterráneo» se sigue usando hoy en día, así como la delimitación de un campo de estudio propio, como refleja el hecho de que hay instituciones y revistas vinculadas con los llamados estudios del mediterráneo⁷. Como, por ejemplo, el *Journal of Mediterranean Studies*, publicado por la Universidad de Malta. Una revista donde precisamente, en 2013, volvió a resurgir brevemente el debate con la participación de autores de referencia como Lidia Schiama o Pina-Cabral, evidenciando que el tema del «área cultural mediterránea» no estaba tan muerto como parecía. La discusión seguía centrada en los niveles anteriores, etnográfico y metodológico, sin ampliarlo a una mirada histórica crítica que planteara en qué momento y por qué en antropología se construyó este concepto de área cultural mediterránea, quiénes fueron sus promotores y cuál era el contexto sociopolítico en el cual se desarrollaba la antropología que dio lugar a los estudios de una «nueva» área cultural en la antropología de los años setenta.

Todos estos debates sugieren que el principal problema subyace en la propia definición de «Antropología del mediterráneo». Algunos antropólogos como Davis (1996) acabaron resumiendo que la antropología del «área del mediterráneo» era simplemente aquella que llevaban a cabo antropólogos mediterraneistas. Pero esto es una tautología que

7 Destaca principalmente el Institut d'Ethnologie Méditerranéenne, Européenne et Comparative (IDEMEC), una unidad de investigación conjunta en la que participan la Universidad de Aix-Marseille (AMU) y el Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS). Está vinculado al Departamento de Antropología de la AMU y al Institut des sciences humaines et sociales (Institute of Humanities) del CNRS. El IDEMEC está ubicado en el edificio de la Maison méditerranéenne des sciences de l'Homme (MMSH) en Aix-en-Provence (Francia). El IDEMEC realiza investigaciones comparativas en áreas de Europa, Mediterráneo y Oriente Medio y está asociado con el nuevo Musée des Civilisations de l'Europe et de la Méditerranée (MUCEM) en Marsella.

no resuelve el problema. Otros autores sugieren que la idea del mediterráneo como objeto de estudio debía ser abandonada y considerarlo un campo de estudio, «como un contexto amplio, significativo e identificable» (Carbonell, 2010: 10). Pero ¿cuáles son los criterios para identificarlo y/o delimitarlo como campo de estudio?

La (in)definición del «área mediterránea»

La delimitación del «área mediterránea» se podría hacer con criterios estrictamente geográficos, incluyendo en ella a los países que actualmente tienen territorios que orillan con este mar. Esto implica en la actualidad a 21 Estados repartidos entre tres continentes que tienen parte de sus fronteras en la costa del mar mediterráneo. Pero esta demarcación territorial no funciona por varios motivos. Para empezar, porque los trabajos etnográficos incluidos en los estudios del mediterráneo realizados entre los años cincuenta y setenta incluyen a Portugal, que si orilla en algún mar es en el Atlántico. El mismo Pina-Cabral, considerado como uno de los referentes en los estudios del mediterráneo refleja esta paradoja:

Mi propio trabajo de campo en el norte de Portugal (1986) me colocó en una posición bastante incómoda. Todos mis colegas antropólogos automáticamente asumieron que, como yo estudiaba Portugal, tenía que ser mediterraneista. Pero, de hecho, el material etnográfico que tuve que manejar de Minho estaba a mundos de distancia de Pisticci o Grazalema. Era mucho más comparable a Bretaña, a Irlanda o a las Islas Shetland –básicamente las regiones que los estudiantes de Edwin Ardener en ese momento llamaron «la Franja Celta» (Pina-Cabral, 2013: 248).

Por otro lado, la correlación entre criterios geográficos y políticos contiene el gran problema metodológico en la construcción de las áreas culturales: la incapacidad de delimitar territorialmente las transformaciones históricas sobre este mismo territorio, donde culturas y fronteras son permeables y han ido cambiando políticamente a lo largo del tiempo (Narotzky, 2001). El mediterráneo ha sido testigo de procesos coloniales y postcoloniales que han alterado Estados y fronteras, y que implican, por citar solo un ejemplo, la posibilidad de considerar actualmente el

Reino Unido como un Estado con territorio costero mediterráneo por su posición en Gibraltar.

Este argumento, además de reproducir un nacionalismo metodológico (Pina-Cabral, 2013) que confunde delimitaciones políticas con culturales, no resuelve el problema, porque algunos de estos territorios también están incorporados en otras áreas culturales definidas por la antropología. Como es el caso de Francia o Italia, que también se pueden considerar (usando otros criterios clasificatorios) como territorios atlánticos, de Europa central o, como hemos visto anteriormente en el ejemplo de Burns (1963), de la zona circum-alpina. O la doble delimitación de los territorios mediterráneos del norte de África como pertenecientes también al área del Magreb. Especialmente significativo es el caso de Israel, situado simultáneamente en Europa y en el Próximo Oriente, áreas culturales aparentemente muy distinguibles entre ellas⁸.

Así, en lugar de desarrollar un modelo para tratar con procesos superpuestos históricamente complejos de diferenciación sociocultural, que conducen a continuidades y discontinuidades en el tiempo y el espacio que podrían no ser fácilmente encapsulados en una sola etiqueta nacional o étnica, la comparación etnográfica en el estudio de Europa se llevó a cabo a lo largo de fronteras nacionales y recurriendo a unidades administrativas definidas territorialmente. Peor aún, por razones que eran claramente políticas, la continuidad cultural a largo plazo de la herencia católica romana fue disfrazada por conceptos como la unidad mediterránea que escindió el sur pobre de Europa del norte europeo rico. Conceptos tales como «familismo amoral» u «honor y vergüenza» fueron instrumentos en la validación ideológica de esa distinción, enraizándola en asumidas características psicológicas de las personas estudiadas (Pina-Cabral, 2013: 248).

Es importante esta crítica final de Pina-Cabral, mostrando que la elección de los criterios definitorios del área mediterránea es también ideológica y tiene consecuencias políticas. Como cuestiona Atanasoski (2015) para el caso de Bosnia-Herzegovina, la visión eurocéntrica tiende a reforzar una imagen que asocia los valores cristianos nacidos del mediterráneo mítico como los que representan «lo europeo», relegando a

8 El caso de Israel ha sido tratado en este volumen en los capítulos de Gaibar y Cohen.

no europeos otros elementos mediterráneos que se dan así mismo dentro del territorio europeo.

Siguiendo a los distintos autores implicados en el debate no aparece de una forma clara cuáles son las características concretas que definen el «área mediterránea», si es que esta existe, y cuáles son los criterios para considerar un trabajo etnográfico como parte de este campo de estudio y no de otros. Parece que cuando se usa el término se sobreentiende que delimita un espacio geográfico y climático suficiente para explicar los rasgos compartidos por los pueblos o grupos estudiados integrados dentro de este campo. Según Davis (1977), sin negar la diversidad interna de lo que denomina «mundo mediterráneo», aquello que define los puntos en común entre sus sociedades es una historia compartida de intercambios pacíficos (comercio) o bélicos, con colonizaciones recíprocas de características políticas pero también religiosas (con la expansión de las religiones universalistas):

Que el mundo mediterráneo haya sido convertido en laboratorio es algo que no puede sorprender. En efecto, manifiesta una indiscutible unidad ecológica y presenta por ello una continuidad en la forma de utilización de los recursos naturales por el hombre. La cultura material se basa en combinaciones de sistemas técnicos ligados a la explotación de medios diferenciados pero próximos, cuando no contiguos: agricultura cerealista en las llanuras litorales y las cuencas fluviales, arboricultura (viñas, olivos, castaños) en las vertientes montañosas, pastoralismo de transhumancias cortas o largas en las regiones altas y las zonas desérticas limítrofes (Davis, 1996: 477).

A este criterio añade Davis el imaginario civilizatorio:

El mundo mediterráneo ha sido modelado por otro lado por una larga historia que relaciona a sus diferentes pueblos entre sí (ver los trabajos de F. Braudel). Este pasado común no podía dejar de alimentar la tesis de una unidad de civilización basada en herencias históricas. El mediterráneo ofrecía por lo tanto un terreno privilegiado para estudiar de manera comparativa y a largo plazo las relaciones entre factores ecológicos, técnicos, económicos, históricos y culturales (Davis, 1996: 477-478)

Siguiendo esta idea en la actualidad aparece más frecuentemente el término «Antropología del Mediterráneo» para hacer referencia a los

estudios incluidos bajo este epígrafe. Aunque la expresión «Antropología del Mediterráneo» sigue teniendo el mismo nivel de indefinición o ambigüedad que la categoría de «área cultural». No solo en la definición exacta de qué tipo de sociedad puede ser considerada, o no, dentro de esta categoría, sino hasta qué punto existe una coherencia o unidad entre las etnografías que se engloban bajo ella, que tienen notables diferencias entre sí.

La creación de la «Antropología del mediterráneo»

Posiblemente la indefinición de criterios a la hora de definir los límites de la «Antropología del Mediterráneo» se deba a que, según afirma Eliseu Carbonell (2010: 19), en su origen no había una intención explícita de estudiar las sociedades mediterráneas en Oxford. Ni hay evidencias de que existiera un proyecto planeado de desarrollar unos estudios sobre el área mediterránea, ni se realizaban encuentros académicos, ni seminarios donde discutir problemas comunes del área. En este sentido el entorno académico de Oxford no parecía muy favorable a los jóvenes estudiantes que estaban cambiando su campo de estudio hacia la Europa mediterránea. En el obituario que Pina-Cabral dedicó a Lisón Tolosana (cuyo trabajo en Aragón es considerado también parte de la antropología del mediterráneo) afirma que:

Fascinado por los nuevos desarrollos que estaban teniendo lugar en la antropología social británica en la década de 1960, Carmelo se registró en el University College de Londres para hacer un doctorado. Descubrió, sin embargo, que su plan de estudiar la sociedad española no era bien recibido allí. Como resultado, junto con el erudito portugués José Cutileiro, se trasladó a Oxford, donde J.G. Peristiany estaba cultivando un grupo de brillantes jóvenes mediterraneistas en el St. Antony's College. En Oxford, sin embargo, tanto Cutileiro como Lisón Tolosana encontraron mayor apoyo y ánimo en John K. Campbell —quien entonces era un joven investigador postdoctoral en la universidad—, que en cualquiera de los miembros más viejos del Institute of Social and Cultural Anthropology, quienes compartían con sus colegas de Londres un profundo prejuicio primitivista contra la investigación antropológica en Europa (Pina-Cabral, 2020: 27).

Por más que el nexo principal para unificar bajo el mismo paraguas estos trabajos realizados en Oxford es precisamente la figura de Evans-Pritchard, no hay ninguna evidencia de que este promoviera trabajos para conformar estudios de «área» o como nuevos espacios de trabajo de campo que seguían principalmente (tal y como algunos de sus protagonistas como Pitt-Rivers y Campbell reconocieron) el modelo africanista. Según palabras de Campbell: «Tampoco Evans-Pritchard fomentó particularmente los estudios mediterráneos como tales» (Campbell, 1992, 150, citado por Carbonell, 2010: 7), mientras que Pitt-Rivers afirmó que la decisión de cambiar África por Andalucía fue suya. En esto coincide Pina-Cabral, quien afirma:

En 1952, cuando Pitt-Rivers y Franz Baermann Steiner inventaron por primera vez la noción de «honor y vergüenza» (cf. Steiner 1999, vol. 2) y, poco después, cuando Campbell lo usó en *Honour, Family and Patronage* (1964), nunca estuvo en juego una perspectiva culturalista basada en un concepto de «área cultural» murdockniana. Esto solo llegó más tarde en la obra de los mediterraneistas americanos (gente como Jane Schneider 1971). Incluso una persona como John Davis, que eligió surfear esa ola en la década de 1970, nunca apoyó por completo la noción de «área cultural» y esa es una de las razones por las que su *People of the Mediterranean* (1977) es teóricamente una declaración tan equívoca (Pina-Cabral, 2013: 246).

La unificación de los distintos trabajos en una categoría compartida de «Antropología del mediterráneo» se realizó a posteriori: «tanto por los autores de las reseñas como por sus críticos» (Carbonell, 2010: 18). Los primeros trabajos de unificación y comparación explícita corrieron a cargo de sus principales promotores, Peristiany (1965) y Pitt-Rivers (1963), al recoger en unos volúmenes las comunicaciones de los autores que participaron en las conferencias organizadas bajo su iniciativa. Según el propio Davis, estos ensayos pioneros:

se dedican a dar un contenido a esta noción de sociedad mediterránea al poner de relieve, más allá de diversidad real de las sociedades y las culturas, la existencia de formas de organización social emparentadas y de valores compartidos (Davis, 1996, 477).

Los esfuerzos de estos autores pioneros en determinar las primeras síntesis regionales se centran en temas como el parentesco y sus

relaciones con el patrimonio (y su transmisión), el patronazgo y el clientelismo, o la resolución de conflictos a través de la sangre y los ciclos de venganza (*feud* i *vendetta*). Pero sobre todo se erigen como campo de estudio privilegiado y principal rasgo distintivo los conceptos de honor y vergüenza, que se convirtieron en el elemento principal para definir las culturas del área mediterránea. Y muy especialmente también por los intentos de Peristiany de crear algo parecido a una antropología africanista para el mediterráneo. Estos esfuerzos son los que llevan a los estudiosos posteriores a estrechar el análisis del «área del mediterráneo» a los trabajos utilizados, potenciados o reivindicados por estos esfuerzos comparativos de Pitt-Rivers y Peristiany, resultando limitados a estas etnografías estrictamente presentadas en el círculo de Oxford (18 contaba Carbonell), y dejando fuera otros estudios que también se realizaron en sociedades mediterráneas en las décadas de 1950-1970, como los trabajos de Ernst Gellner o Pierre Bourdieu en el Magreb.

Paradójicamente, como bien indica Carbonell (2010: 10), la unificación de estas etnografías bajo una misma etiqueta de «área mediterránea» se debe también al trabajo de aquellos que la cuestionaban. Al poner el foco crítico en los valores de honor y vergüenza como el «tema» prototípico reprodujeron una imagen homogénea alrededor de un elemento cultural que, según parece, no estaba tan presente en las distintas etnografías como los estudios posteriores (focalizados en el honor y la vergüenza) parecen sugerir. Carbonell (2010) detecta referencias a ello solo en el 50 % de las 18 etnografías que analiza, y donde aparece principalmente es en las etnografías de Pitt-Rivers (1954) y Campbell (1964). Pero precisamente al ser utilizado por los críticos como elemento principal para desacreditar las etnografías, le dio más presencia de la que tenían originalmente, convirtiéndolo en el *Paradigma Mediterráneo*.

¿Qué es entonces lo que permite identificar el corpus de etnografías escritas en los años 1950-1960 como mediterraneistas? Lo que las unifica es su foco en el mundo rural, compartiendo en gran medida lo que Carbonell (2010: 18) llama una «economía política de la nostalgia», donde los antropólogos buscaban en estas sociedades los restos de un mundo que estaba desapareciendo mientras, al hacerlo, las arcaizaban. Se trataría de lo que Renato Rosaldo (1989) llamó una «nostalgia imperialista»: «un cierto anhelo por la cultura colonizada tal como era «tradicionalmente»; un cierto interés por encontrar las características culturales que la cultura colonizadora había destruido» (Carbonell, 2010: 14).

En este caso sería una variante que combinaría esta nostalgia con la búsqueda por parte de los antropólogos sociales británicos de valores y prácticas culturales que en el norte ya habían desaparecido con la modernización.

El trabajo clásico de Pitt-Rivers, *Mediterranean contrymen* (1963), lo ejemplifica claramente. El objetivo no era definir con claridad el área y sus características, sino reunir una muestra de distintos autores que estaban trabajando en sociedades «de la zona», a partir de una selección arbitraria de tema y región:

La intención de estos ensayos es proporcionarnos un punto de partida para una serie de estudios analíticos de las comunidades mediterráneas (le seguirá un segundo volumen sobre Honor y Vergüenza); constituyen un muestrario más que un sumario. En esa medida, por lo tanto, ofrecen solo una selección parcial y algo arbitraria de tema y región (Kenny, 1965: 131).

También la síntesis de Davis de 1977, que según Hopkins (1980) dejaba fuera otras miradas etnográficas de la zona: «En general, en el Magreb, Davis enfatiza demasiado los estudios de los bereberes de montaña relativamente aislados, incluso donde existen otros estudios, como los de LeCoeur (1969) y Crapanzano (1973) en Marruecos» (Hopkins, 1980: 276).

Una crítica a la poca atención prestada al mundo musulmán que llevó a Hopkins ya en esa época a preguntarse si tenía sentido hablar de una «área mediterránea» conjunta o bien los países del norte de África deberían formar parte de otra área cultural. Y a cuestionar hasta qué punto el propio concepto de «área mediterránea» reflejaba una cierta mirada de los antropólogos del norte sobre el sur: «Quizás lo que tenemos aquí es un nombre inapropiado, gente que hablan del «Mediterráneo» cuando en realidad solo significa incluir el lado norte» (Hopkins, 1980: 277).

Finalmente, las etnografías muestran diferencias importantes en relación con los temas que tratan, ya sea en el sentido que se les da a los conceptos de honor y vergüenza, como a la importancia de la tierra o del valor del trabajo, dentro de la misma «área mediterránea», especialmente entre comunidades musulmanas y no musulmanas. Precisamente la oposición entre el cristianismo de la Europa del Sur y el islam de África del Norte es lo que llevó a autores como Gellner a cuestionar la supuesta cultura compartida del mediterráneo en una de las recopilaciones editadas por Peristiany (Gellner, 1968).

Observada de cerca, pues, la bibliografía referenciada utiliza diferentes categorías para definir su ámbito de estudio, y bien pocas obras utilizan el concepto explícito de «área cultural del mediterráneo». Más bien se habla de «sociedad mediterránea» o por ejemplo Davis (1996), de «mundo mediterráneo». Al final parece que el único que tuvo una voluntad explícita de construir una «área del mediterráneo» fue Peristiany, a partir de la comparación de los trabajos de los etnógrafos que no solo estaban trabajando en Oxford en esas dos décadas, sino también de otros antropólogos. Siempre y cuando coincidieran en los temas de interés (los valores de género, el parentesco, la tierra) y el enfoque de los estudios de comunidad en el mundo rural. Solo así se entiende por qué algunos trabajos se incorporan en esta etiqueta y otros (como los de Gellner o Caro Baroja), en los mismos territorios y momento histórico, no se incluyen en ella⁹.

Conclusiones:

¿Una mirada decolonial del «área mediterránea»?

En la polémica del *Journal of Mediterranean Studies* de 2013 Pina-Cabral reclamaba que debemos lograr una mejor comprensión de la historia y los antecedentes teóricos de la escuela mediterránea británica de mediados del siglo xx. Yo añadiría que a esta mirada histórica hay que incorporar un análisis decolonial sobre el contexto histórico y geopolítico del momento, que permita responder a la pregunta de por qué comenzaría a ser en un momento dado un área geográfica ideal para la realización de investigaciones. Al fin y al cabo, se trata de un espacio

9 La exclusión de Caro Baroja del grupo de referencia de la «Antropología del Mediterráneo» es especialmente significativa, no solo por ser uno de los referentes de la antropología española de la postguerra, sino porque a partir de su relación con Pitt-Rivers y de su estancia en Oxford en 1952 se vinculó con el grupo de antropólogos formados en el Reino Unido que comenzó a proyectar su interés hacia Europa. Una relación que le lleva a participar en la primera conferencia de 1959 en Burg Wartenstein (Austria), y en las dos conferencias sucesivas, celebradas en 1961 y 1963 en Atenas. Como recoge Ortiz: «a partir de los años setenta, desde las nuevas cátedras y departamentos universitarios se insiste en la antropología del Mediterráneo, de los campesinos, de las sociedades complejas, pero se olvida el nombre y la aportación de Caro Baroja a esas mismas cuestiones para preferir como referencia otras figuras de su mismo grupo (los ingleses que primero acuden al Mediterráneo) o posteriores (algunos también de formación oxoniense [sic] como Carmelo Lisón)» (Ortiz García, 1996: 295).

descubierto en los años cincuenta por los antropólogos que, por distintos motivos (aunque principalmente militares y políticos), se vieron obligados a alejarse de los tradicionales terrenos exóticos tan apreciados por la disciplina. Y donde toman una especial importancia los efectos de la Segunda Guerra Mundial.

El impulso de la antropología mediterraneista en los años de la postguerra en Europa, principalmente en la Universidad de Oxford, fue debido a varias causas. Uno de ellos fue la experiencia previa de los jóvenes etnólogos ingleses durante la guerra en zonas rurales del mediterráneo, y la consciencia de que aquel mundo iba rápidamente a transformarse (Carbonell, 2010). El mismo Evans-Pritchard (1951, citado por Carbonell 2010) y algunos de los antropólogos británicos autores de esas etnografías explican cómo su interés por investigar el área fue resultado de su experiencia personal combatiendo en la Segunda Guerra Mundial en países mediterráneos.

Después de la guerra se inició un proceso de desintegración colonial que también tuvo importantes efectos sobre la antropología social británica, que vio la necesidad de abrirse a nuevos horizontes de estudio, como señaló Talal Asad (1973). A pesar de que Carbonell afirme que no había el objetivo claro de crear unos estudios del mediterráneo, sí que parece evidente el papel de Evans-Pritchard en reorientar sus doctorandos hacia investigaciones en territorios nuevos, aunque fuera siguiendo el mismo modelo de trabajo de campo en sociedades pequeñas al estilo africanista.

De ahí surge seguramente también el perfil de sociedades que se buscaban (rurales, pequeñas y autosuficientes) y donde se aplicaba un modelo que responde a la idea de Redfield de los estudios de «comunidad», que se ejemplifica de manera pionera en el trabajo de Pitt-Rivers y que se manifiesta en la aparición, en la mayoría de estas obras, del término *village* en sus títulos. Un buen reflejo de ello son los estudios recogidos en Pitt-Rivers, *Mediterranean contryman*, que como el nombre indica, está basado exclusivamente en el mundo rural (a excepción del trabajo de Caro Baroja que compara los vascos con la antigua Grecia). Solo a partir de 1970 se verá un cambio de estilo en las etnografías del mediterráneo cuando se inicie el trabajo de campo en espacios urbanos.

Por otro lado, la aparición de historias críticas de la disciplina como las de David Price (2008, 2016) nos han puesto en alerta sobre la importancia de situar los contextos desde donde se construyen las propuestas teóricas y metodológicas y sus efectos a la hora de pensar la humanidad

y sus fronteras. Mostrando no solo los límites del modelo comparatista positivista de los HRAF sino sus conexiones directas con el poder político en el contexto posterior a la Segunda Guerra Mundial. Nos parece que una buena forma de investigar estos contextos de producción es, como se dice popularmente, «siguiendo el dinero». Creemos que en los estudios sobre el «área mediterránea» está pendiente de hacerse un análisis que tuviera en cuenta quién y por qué financió estas investigaciones.

Evans-Pritchard (1951) afirmaba que Oxford era el principal centro de investigación etnográfica durante los años de postguerra y reconocía que esto se debía a que se garantizaba a los jóvenes estudiantes que había recursos para hacer estas investigaciones. A pesar de que la antropología británica sufriría de manera importante los efectos del proceso de descolonización a partir de los años setenta, durante el periodo previo, en la más inmediata postguerra, no solo tenía una fuerte posición teórica y académica, sino que fue una época dorada de consolidación disciplinar, con la expansión en nuevas universidades y con facilidades para la investigación. Pero la zona tenía interés no solo para la academia británica. Hay que recordar que los trabajos recopilatorios de Pitt-Rivers y sobre todo los esfuerzos de Peristiany para fomentar una «Antropología del mediterráneo», se sustentaron en la promoción y luego edición de los resultados de las conferencias mediterraneistas que tuvieron lugar esos años, muchos de ellos financiados por la fundación privada norteamericana Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research. De manera que el dinero para financiar investigaciones en distintos países europeos también procedía de varias fundaciones norteamericanas¹⁰.

La primera conferencia sobre el mediterráneo patrocinada por la Wenner-Gren, se celebra en 1959 en Burg Wartenstein (Austria), dirigida por Pitt-Rivers y con asistencia mayoritaria de especialistas británicos o que habían estudiado en Oxford (como Campbell, Peristiany, Abou-Zeid, Gellner, E. L. Peters y P. Stirling), pero a la que acuden

10 Por ejemplo, la Fundación Rockefeller financió la creación en 1947 de la VI Sección de la EPHE dedicada a las ciencias sociales (Sciences Économiques et Sociales) que posteriormente se convertirá en institución de enseñanza superior con el nombre de École des hautes études en sciences sociales (EHESS) en 1975, financiada a partir de 1960 de la ayuda de la Fundación Ford. La creación de esta sección forma parte de la renovación institucional en la Francia de postguerra y en él participó de forma destacada Fernand Braudel (véase la introducción al volumen).

también norteamericanos (E. Friedl o L. Wylie) y franceses (Bourdieu y Chiva). De ella sale la primera compilación de Pitt-Rivers (1963). El mismo grupo, bajo la dirección ahora de J. G. Peristiany, prosigue sus discusiones (centradas en los conceptos del honor y la vergüenza en las sociedades mediterráneas) en dos conferencias sucesivas, celebradas en 1961 (Peristiany, 1966) y 1963 en Atenas (Peristiany, 1968). Le siguen otra conferencia en Atenas en 1966, así como el Seminario en Nicosia 1970 (Peristiany, 1976).

En definitiva, no deberíamos olvidar el contexto geopolítico de la postguerra mundial en Europa, con la guerra fría y el plan Marshall, y la importancia geoestratégica que adquirieron las sociedades del sur europeo y del mediterráneo en esa época. Esto parece bastante evidente cuando se sitúa el trabajo de Pitt-Rivers en Grazales (España) en los años 1949-1952, cuando el franquismo empezaba a abrirse después del periodo de autarquía más dura, estableciendo acuerdos con los Estados Unidos para la instalación de Bases Militares en territorio español o concordatos con la Santa Sede del Vaticano. Sin olvidar la relación que tiene Murdock y su proyecto del HRAF con los intereses geoestratégicos norteamericanos (así como el rol de autores «mediterraneistas» como Charlotte Gower Chapman, que trabajó en la CIA de 1947 hasta su jubilación en 1964)¹¹.

Concluyendo, aunque el «área mediterránea» como tal tuvo una breve vida y fue en su momento ya fuertemente criticada como objeto de estudio y como campo etnográfico, todavía no se ha hecho una lectura crítica en términos histórico-políticos decoloniales de los motivos que llevaron a construir una cierta idea de área en este territorio en ese momento. Una ausencia que esperemos se resuelva en el futuro.

Bibliografía

- Albera, Blok, Bromberger (dir.) (2001), *L'anthropologie de la méditerranée*, Maison méditerranéenne des sciences de l'homme, Maisonneuve et Larose, Cahors.
- Appadurai, A. (1986), «Theory in Anthropology: Center and Periphery», *Comparative Studies in Society and History*, 28 (2): 356-374.

11 Según indican los Smithsonian Institution Archives: <https://web.archive.org/web/20140319014727/http://siarchives.si.edu/collections/siris_arc_297361>.

- Arensberg, C. M. (1963), «The Old World Peoples: The Place of European Cultures in World Ethnography», *Anthropological Quarterly*, 36 (3), Special Issue “Europe and Its Cultures”, pp. 75-99.
- Asad, T. (ed.) (1973), *Anthropology and the Colonial Encounter*, Humanity Books, Amherst.
- Atanasoski, N. (2015), «The Muslim Mediterranean: Islam and the Contradictions of ‘Europe’ in Bosnia and Herzegovina», *Journal of Mediterranean Studies*, 24 (2), pp. 231-248.
- Braudel, F. (1949), *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l’époque de Philippe II*, Armand, Colin, París.
- Bromberger, C. (2006), «Towards an anthropology of the Mediterranean», *History and Anthropology*, 17(2), pp. 91-107.
- Burns, R. K. Jr. (1963), «The Circum-Alpine Culture Area: A Preliminary View», *Anthropological Quarterly*, 36 (3), Special Issue «Europe and Its Cultures», pp. 130-155.
- Cañete, C. (2017), «In no man’s land: Blurred boundaries between colony and metropole in 19th century Mediterranean anthropology», *Journal of Mediterranean Studies*, 26(2), pp. 147-168.
- Carbonell, E. (2010), «“Exactly what I had been looking for” The Anthropology of the Mediterranean 1950-1970», *(con)textos: revista d’antropologia i investigació social*, 4(4), pp. 5-22.
- Chapman, C.G. (1971), *Miloca: A Sicilian Village*, Allen & Unwin, Londres.
- Davis, J. (1996), «Mediterráneo (mundo)», en Bonte, Pierre, Izard, M. (ed.) *Diccionario Akal de etnología y antropología*, Akal, Madrid, pp. 477-479.
- (1977), *People of the Mediterranean: an essay in comparative social anthropology*, Routledge & Kegan Paul, Londres.
- Driessen, H. (1987), «Anthropological Research in Europe and the Mediterranean Area», *Critique of Anthropology*, 7 (2), pp. 79-89.
- Evans-Pritchard, E. E. (1949), *The Sanusi of Cyrenaica*, Clarendon Press, Oxford.
- (1951), «The Institute of Social Anthropology», *Oxford Magazine*, 26 abril de 1951.
- Fernandez, J. (1997), «The North-South Axis in European Popular Cosmologies and the Dynamic of the Categorical», en Asad *et al.* «Provocations of European Ethnology», *American Anthropologist*, 99 (4), pp. 713-730.

- Gellner, E. (1968), «Sanctity, Puritanism, Secularisation and Nationalism. A Case Study», en Peristiany, J. (ed.), *Contributions to Mediterranean Sociology*, Mouton, La Haya.
- Gilmore, D. d. (ed.) (1987), *Honor and shame and the unity of the Mediterranean*, American Anthropological Association, Washington D.C.
- González, A. (1990), *Etnografía y comparación. La investigación intercultural en Antropología*, Publicacions d'Antropologia Cultural, UAB, Barcelona.
- Halpern, J. M. (1963), «Yugoslav Peasant Society in Transition-Stability in Change», *Anthropological Quarterly*, 36 (3), Special Issue «Europe and Its Cultures», pp. 156-182.
- Herzfeld, M. (1987), «'As in your own house': Hospitality, ethnography, and the stereotype of Mediterranean society», en David D. Gilmore (ed.), *Honor and shame and the unity of the Mediterranean*, American Anthropological Association, Washington D.C., pp. 75-89.
- Herzfeld, M. (1989), *Anthropology through the looking-glass: critical ethnography in the margins of Europe*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Hopkins, N. S. (1980), «More on Mediterranean Anthropology», *Current Anthropology*, 21 (2), pp. 276-277.
- Kenny, M. (1963), «Europe: The Atlantic Fringe» *Anthropological Quarterly* 36 (3), Special Issue «Europe and Its Cultures», pp. 100-119
- (1965), «Reviewed Work(s): Mediterranean Countrymen: Essays in the Social Anthropology of the Mediterranean by Julian Pitt-Rivers», *American Anthropologist*, New Series, 67 (1), pp. 130-132.
- Llobera, J. R. (1986), «Fieldwork in Southwestern Europe. Anthropological Pancea or Epistemological Straitjacket?», *Critique of Anthropology* 6 (2), pp. 25-33.
- (1990), *La identidad de la antropología*, Anagrama, Barcelona.
- Moreno, I. (1984), «La doble colonització de l'antropologia andalusa i perspectives de futur», *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia*, (5), pp. 69-84.
- Murdock, G. P. (1957), «World Ethnographic Sample», *American Anthropologist*, 59, pp. 664-687.
- Narotzky, S. (2001), *La antropología de los pueblos de España. Historia, cultura y lugar*, Icaria-ICA, Barcelona
- Ortiz García, C. (1996), «Julio Caro Baroja, antropólogo e historiador social», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 51(1), pp. 283-301.

- Peristiany, J. G. (ed.) (1966), *Honour and Shame. The values of Mediterranean Society*, Weidenfeld & Nicolson, Londres.
- (1973), Peristiany, J. G. (ed): *Mediterranean Family Structures*, Cambridge Studies, en *Social Anthropology*, núm. 13, Cambridge University Press, Cambridge.
- Pina-Cabral (1989), «The Mediterranean as a category of regional comparison: a critical approach», *Current anthropology*, 30 (3), 399-406.
- (2013), «‘The Mediterranean: a wall’ Comment on Lidia Dina Sciamá’s paper ‘The Mediterranean: topos or mirage?», *Journal of Mediterranean Studies*, 22 (2), pp. 245-251.
- (2020), «Carmelo Lisón Tolosana», *Anthropology Today*, 36 (3).
- Pitkin, D. S. «Mediterranean Europe», *Anthropological Quarterly* 36 (3), Special Issue “Europe and Its Cultures”, pp. 120-129.
- Pitt-Rivers, J. (1954), *The People of The Sierra Pitt-Rivers*, Criterion Books: New York.
- (ed) (1963), *Mediterranean Countrymen: Essays in the Social Anthropology of the Mediterranean*, Mouton, París.
- Price, D. (2008), *Anthropological Intelligence: The Deployment and Neglect of American Anthropology in the Second World War*, Duke University Press, Durham.
- (2016), *Cold War Anthropology: The CIA, The Pentagon and the Growth of Dual Use Anthropology*, Duke University Press, Durham.
- Rosaldo, R. (1989), *Culture and Truth: The Remaking of Social Analysis*, Beacon Press, Texas.
- Sanders, I. T. (1949), *Balkan Village*, The University Press of Kentucky, Lexington, KY.
- Sciamá, L. D. (2013), «The Mediterranean: Topos or Mirage?», *Journal of Mediterranean studies*, 22 (2), pp. 229-244.
- Serrán Pagán, G. (1980), «La fábula de Alcalá y la realidad histórica en Grazalema. Replanteamiento del primer estudio de Antropología Social en España», *Reis*, (9), pp. 81-118.
- Stirling, P. (1965), *A Turkish village*, Weidenfeld and Nicholson, Londres.
- Zapata-Barrero, R. (2020), «“Mediterranean thinking” for mapping a Mediterranean migration research agenda», *Comparative Migration Studies*, (8)6, pp. 2-18.